

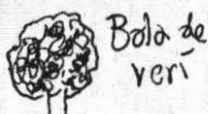
21

La bella y la bestia... La arqueóloga y el «Cascanueces»

IRINA SPALKO: ¿Por qué se niega a creer lo que ven sus ojos? El ejemplar de Nuevo México nos dio esperanzas. A diferencia de los otros, su esqueleto era de cristal. Un primo lejano, tal vez [...]. Es posible que todos estemos buscando lo mismo... No hay otra explicación.

INDIANA JONES: Siempre hay otra explicación...

Indiana Jones y el reino de la calavera de cristal, Steven Spielberg, 2008.



Bola de veri

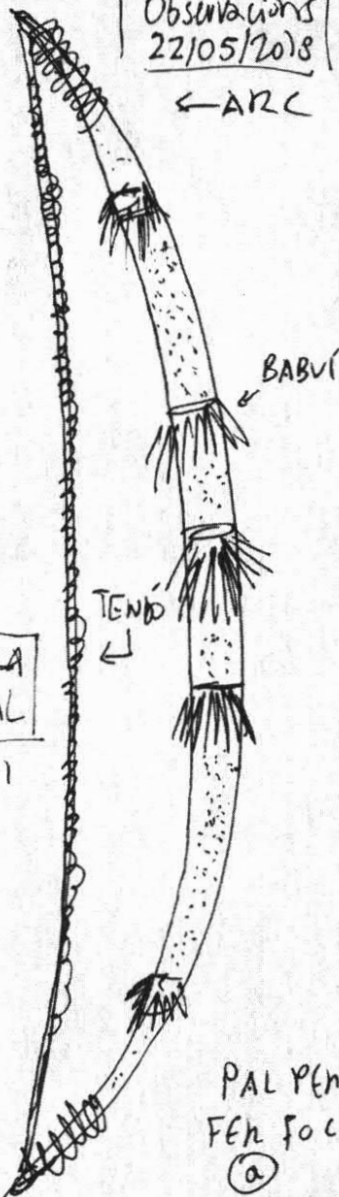


CULTURA MATERIAL

S.XXI

Observacions
22/05/2018

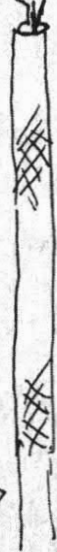
← ARC



ORNAMENTS SONALLS

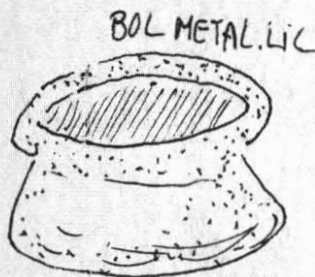
Suplement fusta

=



PAL PEN
FER FOC
a

PAL PEN
FER FOC
b



HADZABE
LLAC EYASI (TANENNA)
Jorn: SERIKATONGA



PIPA

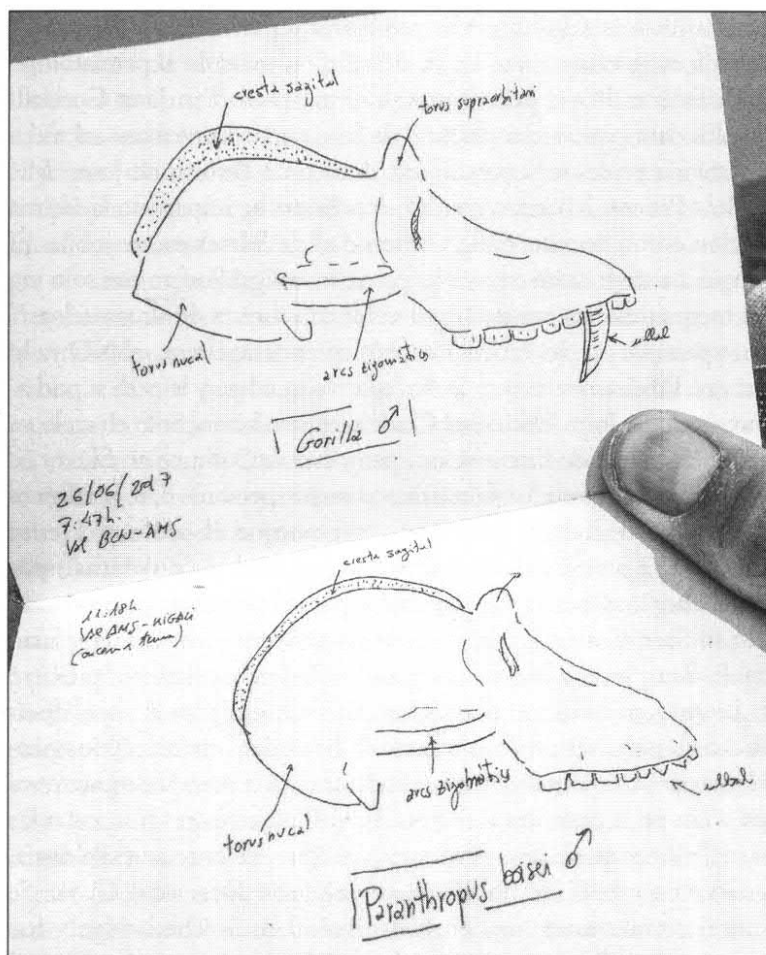
Mary D. Nicol nació en Londres en el año 1913. En compañía de sus padres, peregrinó por varios puntos de Estados Unidos, Italia y... Egipto, donde nació una pronta fascinación por la arqueología. Algo normal en el contexto de una familia que, por parte de madre, descendía de John Frere, un anticuario del siglo XVIII que, en Hoxne (Suffolk), había descubierto herramientas de piedra prehistóricas asociadas con grandes mamíferos extintos. Aunque fue en el sur de Francia, durante la infancia y adolescencia, donde Mary fue invitada a participar en sus primeras excavaciones. El prehistoriador Élie Peyrony horadaba varios yacimientos de Les Eyzies (Dordoña) y no le importó que la niña se divirtiera colaborando. Eran otros tiempos e incluso le permitió reunir una incipiente colección de piezas arqueológicas. Este contacto con útiles de piedra paleolíticos fue providencial, puesto que Mary adquirió rudimentos importantes acerca de la descripción y clasificación de los mismos. Además, las pinturas rupestres de Pech Merle le causaron una profunda impresión. Expulsada, en un par de ocasiones, de colegios religiosos franceses, cuando regresó a Inglaterra quiso profundizar en su pasión por el pasado más remoto y adquirió una formación universitaria reglada, aunque no fue aceptada en Oxford. Esto no la amedrentó ni hizo que desistiera en su empeño, por lo que no era raro verla como oyente en muchas de las clases y conferencias que se impartían, en relación con la arqueología y paleontología, en la Universidad de Londres.

Para su época, la primera mitad del siglo XX, todavía no era habitual que una mujer cursara estudios universitarios y mucho menos que mantuviese un carácter independiente en el seno del machismo social y académico reinante. Conoció a Louis S. B. Leakey y se enamoraron; él estaba casado y, pese al escándalo que levantó la decisión (supuso el fin de una prometedora carrera académica en la Universidad de Cambridge), se divorció para casarse con Mary. La que, desde entonces, y según la tradición anglosajona de asumir el apellido del marido, conocemos en la bibliografía como Mary D. Leakey.

Apoyado en su querido todoterreno color tierra, abro la portezuela y tomo asiento con las manos apoyadas en el volante todavía forrado por jirones de piel; pienso en Mary. Durante mis estudios

en la Universidad de Barcelona fui asiduo visitante –incluso becario– de la Biblioteca de Prehistoria Bosch Gimpera. Allí, siempre ojeaba una de las monografías que ella escribió e ilustró acerca de la arqueología de la garganta de Oldupai (Oldupai Gorge).¹ Y es que Mary, además de avanzada científica, dibujaba muy bien. Una habilidad que, como en el caso de Howard Carter, le permitió introducirse en la arqueología como profesión; había aportado valiosas y precisas láminas para algunos libros y esto llamó la atención de Louis S. B. Leakey. Buscaba una ilustradora para su obra *Adam's Ancestors* –que se publicó en 1934– y así se conocieron. Tanto me influyó la consulta y lectura de la monografía de Mary D. Leakey que conseguí mi propio volumen cuando, con motivo de una excursión de estudios en tercero de carrera, hice mi primera inmersión en la mítica librería londinense Foyles de Charing Cross Road. Las viejas estanterías todavía eran de madera y las baldas estaban curvadas por el peso de la erudita carga que soportaban. Los escalones de la angosta escalera crujían y, de tanto subir y bajar de un piso a otro de la impresionante librería, finiquité mi escaso presupuesto en libros. Por ejemplo, el deseado *Chimpanzees of Gombe: Patterns of Behaviour*,² de otra admirada científica, la primatóloga Jane Goodall; y la citada monografía de Mary. Y es que, como les comenta el doctor Jones a sus alumnos, es importante el trabajo de campo, pero también la investigación de biblioteca.

En el Campamento Leakey visualizo a Louis y Mary; sin olvidar a uno de sus hijos, Richard (1944-2022). Tras unos inicios de juventud rebeldes, valiéndose de una formación autodidacta, no solo acabó siendo uno de los personajes más relevantes e influyentes en el estudio de la arqueología y paleontología africanas, sino que dedicó muchos esfuerzos a la conservación de la fauna en África, lo cual estuvo a punto de costarle la vida en diferentes ocasiones.³ Los imagino allí, sentados a la mesa, al aire libre y a la sombra de una acacia, discutiendo con el arqueólogo británico John Desmond Clark. El mismo octogenario profesor que, en su etapa de catedrático emérito de la Universidad californiana de Berkeley, tuve la gran suerte de conocer en Barcelona. Yo andaba metido en el primer ciclo universitario y cualquier oportunidad de aprender había que capturarla al vuelo. Tenía prisa por llegar a África y excavar en sus sedimentos. El lugar donde ya había estado un reconocido arqueólogo y prehistoriador de mi universidad: el profesor Lluís Pericot. Con motivo de su participación en el Primer



Comparativa de un cráneo de gorila macho con el del *Paranthropus boisei* hallado por Mary D. Leakey en Oldupai.

Congreso Panafricano de Prehistoria –Nairobi, 1947–, conoció a los promotores de la reunión; no eran otros que John Desmond Clark y Louis S. B. Leakey. Acabado el congreso científico, aprovechó para acercarse a varios yacimientos africanos, entre ellos, y como no podía ser de otra manera, la garganta de Oldupai.⁴

Recordar a los mentores siempre es importante; mi padre, Josep, lo fue y mi madre, Maria Lluïsa, siempre lo ha sido. Indiana Jones, a lo largo de sus aventuras cinematográficas, hace referencia a las enseñanzas de su progenitor –el doctor Henry Jones Sr.– y al amigo inseparable de ambos –el doctor Marcus Brody–. Sin olvidar al profesor Abner Ravenwood cuando estudiaba arqueología en la

Universidad de Chicago. Mis profesoras y profesores en la universidad fueron varios, pero he de destacar, además de al primatólogo Jordi Sabater Pi –el primero en publicar, junto con Jane Goodall, que los chimpancés eran capaces de fabricar herramientas–, al nieto del mítico profesor Pericot: el catedrático de Prehistoria Josep M.^a Fullola Pericot. Mientras escribo estas líneas ha impartido la última lección como docente en la Universidad de Barcelona; se jubila. Él acogió a este primate en su equipo de investigación; yo tan solo era un mequetrefe, un enjuto larguirucho con sueños de altos vuelos. Y claro siempre puedes estrellarte, pero aprendí de él que «el NO ya lo tienes». Precisamente, por probar que no quedase y le pedí si podíamos invitar a John Desmond Clark a un seminario. Solo el vuelo ya suponía un reto de financiación, pero, esta vez, obtuve un SÍ.

John era un orador fantástico y mejor persona. Un *gentleman* amable y bondadoso que, de no ser porque el profesor Henry Jones Sr., *a priori*, parece mostrar una actitud poco paternal, podría haber inspirado a George Lucas para el personaje interpretado por *sir* Sean Connery, o para encarnar al tercer caballero templario de *Indiana Jones y la última cruzada*. De hecho, Steven Spielberg hubiera querido contar con *sir* Laurence Olivier para el papel de *sir* Richard, pero, debido a la avanzada edad del británico y los problemas de salud, finalmente no pudo ser.⁵ Una mezcla de Lawrence Olivier –en la cadencia de voz–, Allan Quatermain –por todas las expediciones que lideró– y Henry Jones Sr. –en cuanto a sabiduría, prestancia y reloj de bolsillo–, así era John Desmond Clark. Se formó como arqueólogo en la Universidad de Cambridge y fue conservador del Livingstone Memorial Museum en la colonial Rodesia del Norte (actual Zambia). Conoció a Betty C. Baume, el amor de su vida, se casaron y trabajaron juntos hasta que la Segunda Guerra Mundial paralizó el mundo; John sirvió en el ejército aliado. Sobrevivió y regresó a Cambridge para finalizar el doctorado en 1947, tras lo cual volvió a Rodesia del Norte para liderar numerosas expediciones –algunas en compañía de Louis y Mary Leakey– por las actuales Zambia, Tanzania, Etiopía, Somalia, Malawi, Angola, Níger... Y la que le condujo a Berkeley como profesor. Jamás pudo parar, siguió participando en excavaciones por todo el mundo al lado de Betty, como cuando se convirtieron en los primeros científicos extranjeros que, tras cuarenta años, en 1991, iniciaron un proyecto arqueológico en China. Nos dejó en 2002 y, muy poco después, lo hizo Betty.

John y Betty aterrizaron en Barcelona. Al grupo se unió una compañera de estudios –Vicky Medina, hoy arqueóloga– y, finalizado el seminario, el cuarteto paseamos por el parque Güell, los edificios modernistas del paseo de Gràcia y el barrio gótico. Desde el primer día con ellos me sentí acogido, querido, apadrinado en mi propia ciudad; era extraño, ¿acaso no tenía que ser al revés? A saber, que nosotros los acogiéramos y apadrináramos. Sin embargo, resultó imposible. La anciana y vivaz pareja se deshizo en mil atenciones. Mientras almorzábamos, al saber que me interesaban los trabajos de su gran amiga Mary D. Leakey, comentó que le hablaría de mis proyectos. Por aquel entonces yo andaba tras los *manuports*. Es decir, las piedras no modificadas que aparecían en las excavaciones de Oldupai y otros yacimientos de África.

Varios de mis compañeros no entendían el porqué de mi devoción por unas piedras que no eran hachas, ni cuchillos, ni nada por el estilo. Había leído acerca del uso de piedras no modificadas, por parte de los chimpancés en su hábitat natural, como percutores para abrir frutos o, simplemente, como proyectiles. Pensé que, en aquellas toneladas de piedras, insignificantes para muchos, quizá podríamos identificar patrones parecidos. Es decir, yacimientos paleontológicos asociados a homínidos sin industria lítica, donde los *manuports* podrían haber sido empleados como yunques y martillos para fracturar la diáfisis de los huesos en busca del tuétano, como instrumentos arrojadizos o, simplemente, como asiento, en el caso de los más grandes. En pocas palabras, no siempre era necesario la existencia de un artesano lítico. No obstante, en la garganta de Oldupai sí que hubo un artesano que Louis S. B. Leakey buscó con ahínco; pesquisas a las que se unió Mary, una «rebelde» en medio de la sabana. Mujer formada, de carácter decidido, pantalones largos y con un cigarrillo en la comisura de los labios. La imagen que he dibujado de una de las científicas más decisivas y relevantes en el campo de arqueología africana; aunque jamás pude conocerla. John y Betty le hablaron de mi proyecto con los *manuports*, pero llegué tarde. Falleció el mismo año que pisé África, por primera vez, con el objetivo de excavar en la cuna de la humanidad, 1996. Aunque su recuerdo sigue vivo en Oldupai.

Reemprendo el camino y desciendo de nuevo hacia los yacimientos en compañía de Masaki, uno de los funcionarios del Ministerio de Antigüedades de la República de Tanzania. Nos conocemos desde hace un buen puñado de años y, aun sabedor

de mi agnosticismo —algo que le preocupa no solo a él, sino a muchos de mis amigos y amigas africanos—, adivina perfectamente hacia dónde me dirijo: la localidad llamada «Zinj». Voy a rendir pleitesía, presentar mis saludos, a una mujer, un homínido fósil y a un lugar muy especiales. Imagino que Mary anda junto a nosotros acompañada de sus dos queridos y fieles perros dálmatas. Ya he dicho que deambular por Oldupai supone moverse por una dimensión temporal que rige la escala geológica. Pero, además de los saltos de cientos de miles y millones de años, ahora hemos viajado al día 17 de julio de 1959. Louis se ha quedado en el campamento, aquejado de unas inoportunas fiebres, y Mary, como suele tener por costumbre, sale a prospectar.

Desde donde venimos, el siglo XXI, la zona arqueológica y paleontológica está mucho mejor comunicada. No muy lejos, a unos pocos kilómetros, transitan vehículos de safari camino del Serengeti y el Ngorongoro, a los cuales se suman los buses *matatu* —que conectan las poblaciones locales más importantes— y los camiones cargados con combustible y mercancías que incluso llegan hasta Mwanza, en el mítico lago Victoria. En consecuencia, hoy es más difícil toparse con fauna en el interior de los barrancos de Oldupai; aunque no es raro otear grupos de jirafas, cebras, gacelas y elefantes nómadas. Esto ha hecho que los depredadores también sean más difíciles de ver, a pesar de que siempre rondan la zona. En cambio, al inicio de los trabajos arqueológicos todo estaba mucho más tranquilo y el leopardo podía dar algún que otro susto; para evitarlo, los dálmatas constituían la mejor alarma preventiva en la detección de estos felinos, así como de las serpientes venenosas: la mamba negra y la cobra.

Los tres llegamos al fondo de la garganta; aquí tiene su cauce el río que da nombre a Oldupai. Ahora casi no hay agua, es estación seca, pero nos cruzamos con un grupo de jóvenes guerreros maasai armados con sus lanzas; pastorean unas pocas vacas. Los saludamos en lengua maa —muy diferente al suajili— y seguimos. Mary era muy querida por la comunidad maasai y tuvo varias reuniones, no solo con los políticos y políticas del gobierno tanzano, sino con las mujeres y hombres maasai más ancianos para convencerlos de la necesidad de preservar el lugar.

Hemos de cubrir un trecho más hasta llegar al punto de mi peregrinación. No es una pirámide egipcia, ni los restos de un circo romano, sino una especie de odeón excavado por el ser hu-

mano en la naturaleza. Donde otrora existió un montículo, en el presente solo vemos una pared donde se dibuja la estratigrafía del sitio —la alternancia de tobas volcánicas con capas de sedimentos finos—, un montón de viejos escombros geológicos y un monolito de hormigón sito en el medio. No, no es una escena sacada de 2001. *Una odisea en el espacio*, ni nosotros somos los homininos (australopitecos) que tocan el extraño objeto para descubrir —y esta es mi particular interpretación del filme— la utilización de herramientas.⁶ No. El monolito de cemento marca el lugar donde Mary D. Leakey halló el artesano que con tanto ahínco ella y su marido habían buscado. En paralelo, y muy lejos de allí, se fundaba el Parque Nacional de las Galápagos y celebrábamos —no todos ni todas— el centenario de la publicación de *El origen de las especies*, de Charles R. Darwin: 1959.

Toco la placa donde figura la mención a la efeméride y el nombre de la heroína. Aquí vio emerger la primera gran pieza dental de morfología humanoide, un aperitivo de lo que acabó siendo un maxilar y, finalmente, un cráneo casi completo. Mary, Louis y uno de los colaboradores africanos del equipo, el gran Kamoya Kimeu,⁷ recuperaron más de cuatrocientos fragmentos fósiles que, una vez remontados, y como si de un puzzle paleontológico se tratase, desembocaron en la calavera de un espécimen que llamaron *Zinjanthropus boisei*: el humano de Zinj. Un hominino que, con la aplicación en Oldupai de un novedoso método de datación radiométrico, el potasio-argón, permitió fechar los restos en 1 750 000 años. Este fósil, con el tiempo, y debido a diversas vicisitudes, pasó a denominarse *Australopithecus boisei* y después *Paranthropus boisei*; a la vez que recibió un cariñoso apodo, *Nutcracker*: el «Cascanueces». Sus refuerzos craneales eran masivos, e incluso parecidos a los de un gorila actual macho: cresta sagital, torus supraorbitario muy desarrollado y arcos cigomáticos anchos. Algo que, sumado al gran tamaño de sus molares, permitió deducir que tuvo una fuerza de masticación tan potente que podría haber fracturado, sin dificultad alguna, cualquier fruto de cáscara dura de la sabana.

Por todo esto, y muchas más historias,⁸ el *Zinjanthropus boisei* o *Paranthropus boisei* (como se conoce en la actualidad), es mi hominino preferido de entre todas las ramas y ramitas del complejo e inacabado árbol filético —genealógico— de la evolución humana. ¿Acaso lo llevo marcado a fuego en la cara? Digo esto porque, con motivo del Congreso Internacional de Paleontología Humana, que



La anatomía del *Paranthropus boisei* de Oldupai, alias «Cascanueces», presenta caracteres acentuadamente robustos.

organizó Josep Gibert en la localidad granadina de Orce, se produjo una de esas historias que te hacen sentir el hombre más feliz del mundo. Fue en el mes de septiembre de 1995, aunque durante el verano siguiente tuvo lugar otro gran momento de felicidad: la ansiada llegada al continente africano. Clímax solo superado cuando, el 2 de diciembre de 2008, nació mi pequeño primate: Joan. Y ¿por qué fui invitado al congreso de Orce? Pues para presentar los trabajos relacionados con los *manuports* que había desarrollado durante el DEA francés y la tesina en la Universidad de Barcelona, con los datos procedentes de las excavaciones realizadas en la Cueva de l'Arago (Francia). Sin embargo, años antes, también había excavado en una región muy parecida a la garganta de Oldupai, aunque no sita en el África Oriental, sino al sur de la península ibérica. No eran otros que los famosos yacimientos de Orce.

Moverse por las llanuras y barrancos de la cuenca de Guadix-Baza, a principios de la década de 1990, y más cuando eres un estudiante que sueña con emular grandes momentos de la arqueología —como los protagonizados por Mary D. Leakey cuando

descubrió las famosas pisadas fósiles de Laetoli (Tanzania)—, era lo más parecido a circular por la geología africana. A excepción de los almendros y olivos que sustituían a las inconfundibles acacias de los libros y documentales, todo me transportaba a una auténtica expedición por el lago Turkana, el valle del Omo o la mismísima garganta de Oldupai. Si a eso le añadimos que los fósiles que excavabas pertenecían a extintos hipopótamos, elefántidos, hienas, búfalos o rinocerontes, entre otros, África parecía mucho más cerca. De hecho, lo estaba y sigue estando: a tiro de piedra del estrecho de Gibraltar. Por otro lado, Josep Gibert, con su larga y enmarañada barba blanca, y el atuendo de safari —viejo sombrero comprado en Kenia, camisa caqui, bermudas de campaña, calcetines y botas—, se me antojaba un híbrido entre Darwin y el Profesor Challenger. Un paleontólogo que, como en el caso de los Leakey en Oldupai, se desplazaba con toda la familia a Orce. Lo cual incluía no solo a su pareja, Pepa Beotas, sino a los hijos, Patxu, Lluís y la pequeña Blanca. Mientras que las dos hermanas orientaron su exitosa carrera en la misma dirección que la madre, el arte, Lluís siguió la trayectoria del padre y hoy es profesor de geología en la Universidad de Barcelona. Por su parte, Josep Gibert fue aventajado discípulo de uno de los padres de la moderna paleontología mundial, el recordado Miquel Crusafont (1910-1983). Fundador del Museo de Sabadell y, más tarde, del Instituto Provincial de Paleontología, que muchos conocimos como Instituto de Paleontología Miquel Crusafont. De hecho, además de director de las excavaciones en Orce, Gibert era investigador de la mencionada institución.

Precisamente, y para acabar de sumergirme en el papel de arqueólogo con reminiscencias africanas, no solo estrené mi primer fedora, sino que Josep me cedió las llaves del viejo pero robusto Land Rover propiedad de la Diputación de Barcelona. Lo utilizábamos, además del todoterreno ARO de fabricación rumana y un coche familiar utilitario (ambos propiedad de la familia Gibert-Beotas), para transportar equipo humano y técnico desde el pueblo de Orce hasta los yacimientos y zonas de prospección en Barranco del Paso, Venta Micena, Barranco León y Fuente Nueva. Un bello Land Rover corto de carrocería azul y techo blanco. Mentar a Land Rover es ir mucho más allá de una marca de vehículos 4 x 4, para mí, simboliza expedición y aventura. No porque la máquina fuera el principal protagonista de las edicio-

nes del Camel Trophy, en las que incluso participó el recordado Miguel de la Quadra-Salcedo (y donde ya empezaba a colarse Range Rover), sino porque en muchas de las películas que me habían hecho soñar con África —como *Nacida libre*—⁹ la imagen de un flamante e indestructible Land Rover era indisociable de naturalistas, arqueólogos y viajeros. Al auténtico expedicionario no le importa la velocidad, sino llegar.

Quizá estoy aburriendo a lectoras y lectores. ¿Un anuncio encubierto? ¿Recibo comisión del fabricante automovilístico? Puede parecer incluso que hable desde la pasión de haber sido dueño de una de estas preciadas monturas, pero no es así (ni siquiera en la actualidad). Aunque mi padre y yo siempre soñamos con ello, resultó inalcanzable. Uno enfermo, devorado por el monstruo demasiado pronto, y el otro ya arqueólogo, acabamos con un Lada Niva ruso de segunda o tercera mano; un tanque adaptado a las inclemencias de Siberia, pero también idóneo para acomodar la silla de ruedas, sortear el tráfico de la urbe y, al día siguiente, acarrear el pesado esqueleto de un bisonte fallecido en el zoo hasta el laboratorio de la facultad. Cumplió fielmente, aunque, ya sin copiloto, me despedí de nuestro Halcón Milenario. Así lo habíamos bautizado, pues, cuando alcanzaba los noventa kilómetros por hora, vibraba igual que la mítica nave de Han Solo y Chewbacca antes de dar el salto al hiperespacio. Desconozco si Mary D. Leakey buscó algún apodo para su querido Land Rover, pero, según había leído en el libro *Gorilas en la niebla*,¹⁰ la famosa primatóloga Dian Fossey bautizó al suyo con el nombre de Lily.

Mary sí que puso apodo a su hallazgo del 17 de julio de 1959: el cráneo del *Zinjanthropus*. Ha transcurrido más de medio siglo y le hubiera gustado saber que, en *Indiana Jones y el reino de la calavera de cristal*, de forma fugaz, detecté al «Cascanueces» entre los numerosos «cacharros» —otros homínidos, cerámicas, esculturas— del aula de arqueología del doctor Jones. En mi atiborrado escritorio, mientras redacto el presente manuscrito, también figura la réplica del *Zinjanthropus boisei*. Un cráneo, técnicamente conocido como OH-5 —su número de inventario— y que, poco a poco, con el decurso del tiempo, fue perdiendo protagonismo ante la inmensa popularidad de la australopiteca Lucy. El único problema es que la acción de la película se sitúa en plena Guerra Fría, el año 1957; todavía faltaban dos años para que Mary D. Leakey hiciera el descubrimiento del que sigo considerando el

primer artesano de Oldupai, además de tocayo desde que se celebrara el Congreso Internacional de Paleontología en Orce. Viajemos, de nuevo, a 1995.

Expuse mi ponencia en torno a los *manuports* y, al igual que cuando excavaba en los yacimientos cercanos, me dirigí al taller de reparación: la plaza del pueblo. Picar algo de comida –las tapas de Orce son cocina en mayúsculas– y, cómo no, disfrutar de una reconfortante sucesión de cañas de cerveza bien fría. Me senté a una larga mesa, con otros jóvenes investigadores –arqueólogas, geólogos, biólogos– y se nos unió, por sorpresa, el que para muchos de nosotros era una especie de Dios en el terreno de la evolución humana: el profesor Phillip V. Tobias. Sí, fue en ese congreso donde coincidí por primera vez con él. Durante la excursión matinal por las localidades fosilíferas de la cuenca de Guadix-Baza, en el autobús de la organización me había pedido si podía sentarse a mi lado. ¿Jamás gano ningún premio de azar? Mentira. El gran Tobias, de entre todas las filas del bus, y asientos, había escogido aquel en concreto. También es cierto que, creo recordar, el autocar iba lleno hasta los topes; lo mismo era la única plaza libre. Pero ¿para qué destrozar o desmitificar el momento? No le pedí un autógrafo, ni me hice un selfi con la Nikon FM2 –los teléfonos móviles, y menos con cámara incorporada, estaban por llegar–, yo, simplemente, estaba petrificado. Tanto que no dudó en romper el hielo y se puso a hablar del paisaje que nos rodeaba. Un africano –vivía en Johannesburgo– compartía la opinión de un barcelonés: aquello era muy parecido a la cercana África.

Yo dormía en una pensión cercana al histórico Palacio de los Segura (siglo XVII), posteriormente conocido como Casa de los Cirilos. De hecho, durante mis años de arqueólogo en Orce pernoctábamos y hacíamos vida, compartiendo saco y esterilla, con los escorpiones que salían de entre las tallas doradas de la antigua capilla. Estudiábamos y restaurábamos los fósiles en el patio abierto central; el suelo estaba pavimentado con guijarros perfectamente colocados siguiendo una ornamentación geométrica. Era el lugar ideal para una representación teatral, pues la estructura era la de corral de comedias de los siglos XVI y XVII, con las pasarelas y terrazas del piso hechos de preciadas maderas que crujían a nuestro paso. Un lugar tan maravilloso, a la vez que abandonado, habla no solo de la precariedad de la arqueología, sino de las experiencias más inolvidables y extrañas que

te permite vivir semejante disciplina: pocos podrán decir que, en plena juventud, viniendo de un barrio obrero, han sido casi propietarios de todo un palacio. Por suerte, con el tiempo pudo ser restaurado y hoy es uno de los muchos tesoros que exhiben, con orgullo, las acogedoras gentes de Orce. Las mismas que nos llamaban «huesitos».

Con el apelativo de «huesito» fui reconocido por Mari Cruz, la propietaria del bar donde andábamos reunidos; también regentaba la fonda, en el manantial de Fuencaliente, donde cada tarde, en mis años de excavaciones con Josep Gibert, acudíamos a almorzar. Horas antes, de forma voluntaria, sobrados de motivación y bajo el castigador sol granadino, quizá habíamos pasado largas horas delimitando una gigantesca mandíbula de *Elephas* o una acumulación de cráneos de herbívoros carroñeados por hienas famélicas del pasado. La sombra de los buitres que nos sobrevolaban, y que se proyectaba en los blanquecinos sedimentos (quemaban los ojos como la nieve más pura), podría haber dado la falsa impresión de que, hambrientos, quemados y fatigados, la próxima víctima podíamos ser nosotros. De ahí la necesidad apremiante de hincar el diente a las patatas a lo pobre, al estofado de ternera o a la paella de la cocina de Mari Cruz; la cantidad de comida no siempre se antojaba acorde para unas mujeres y hombres, la mayoría en la veintena, que tragábamos como limas. Consecuentemente, nuestra lucha por la supervivencia estaba a la altura de la cadena trófica de cualquier sabana de hacía un millón y medio de años atrás. Clavar el tenedor en un pimiento, o en un filete, y que no te lo arrebatasen en el intento dependía de habilidad, rapidez, reflejos y tesón.

A la comunión de jóvenes congresistas, y ataviado con su inseparable y desgastada gorra tipo *trucker*, se sumó el siempre risueño paleoantropólogo Milford H. Wolpoff, de la Universidad de Michigan, famoso por ser uno de los pocos científicos que defendían el modelo multirregional para la génesis del *Homo sapiens*.¹¹ Venía con uno de mis profesores durante la carrera, Daniel Turbón, y pronto se añadió el querido profesor Emiliano Aguirre. La energía y entusiasmo de don Emiliano eran tan evidentes e inconfundibles como su voz. Nuestro primer encuentro había sido en las excavaciones paleolíticas del Abric Romaní, en Capellades, (Barcelona), en el verano de 1989. Yo era un aprendiz de la arqueología que había finalizado el segundo año universitario; él un experto profesor,



Encuentro entre Indiana Jones, mi querido «Cascanueces» y un servidor en el Museo de la Evolución Humana de Burgos.

impulsor y alma de los trabajos arqueológicos y paleontológicos en Atapuerca y con un *curriculum* en el Museo Nacional de Ciencias Naturales de Madrid y universidades varias que lo hubiese podido elevar a lo más alto de un intocable pedestal de soberbia y pedantería. Ahora bien, era todo lo contrario, acudió a Capellades para echar una mano a su amigo y colega, el prehistoriador Eudald Carbonell. Otra vez la lotería de mi lado; tuve la suerte de que Emiliano excavara a medio metro de mí. Aquello fue una *masterclass* de lujo, como la que se estaba produciendo al ritmo de las raciones de pescado y las botellas de fino.

Sea como fuere, mientras Phillip, Emiliano, Milford y Daniel departían entre risas, la «academia de jóvenes jedi» —aunque siem-

pre me haya sentido más cómodo como aspirante a mercenario corelliano o, en su defecto, *wookiee*—,¹² planeó una descabellada idea. Entre los invitados al congreso figuraba el profesor Francis Clark Howell, de la Universidad de Berkeley y amigo de John Desmond Clark y de los Leakey. Nacido más tarde que Indiana Jones, no coincidieron durante sus estudios superiores, pero ambos se formaron en la prestigiosa Universidad de Chicago. «Indy» es de la quinta de 1899 y Francis nació en 1925; la efeméride en la que el mundo supo de una nueva especie: *Australopithecus africanus*. Aunque no le hicieran caso en aquel momento, ya hemos dicho que el profesor Raymond Dart publicó un artículo —en la revista *Nature*— que, por primera vez, aportaba pruebas fósiles del origen simiesco y africano de la humanidad. Lo curioso es que en 1925 también había nacido el que fue el sucesor de la cátedra de Dart, y fiel discípulo, Phillip V. Tobias; y, en 1925, en Ferrol, venía al mundo Emiliano Aguirre. No los astros, sino un congreso había provocado esa casual y feliz conjunción que no podíamos desaprovechar. Allí estaban tres mosqueteros del niño de Taung, el australopiteco que, tras muchos esfuerzos —muchos de ellos protagonizados por la tríada— constituyó el gran arranque de las investigaciones en torno a la arqueología y paleoantropología en África. Teníamos que reunirlos, pero, para que fuera algo especial, ¿dónde hacerlo? Además, tras unas sesiones agotadoras con recepciones, conferencias, mesas redondas, ruedas de prensa, excursiones viajes de avión intercontinentales y el ritmo al que desaparecía el fino... ¿Aquellos señores ya eméritos querrían aceptar la poco protocolaria e improvisada invitación? Los tres dijeron que sí.

Como en la pensión de Orce no había habitaciones suficientes para el grupo que nos conocíamos de Barcelona, una parte estaba alojada en una de las muchas cuevas tradicionales de los alrededores de Orce: la cueva de Ambrosio. Las viviendas troglodíticas de agricultores y ganaderos locales con los que habíamos convivido en la década de 1990; como es el caso de don Tomás Serrano. A él pertenecían los terrenos del yacimiento de Venta Micena, por lo que no era raro verle aparecer durante las jornadas de excavación con su carretilla; un modelo único, fabricado por él mismo, donde la rueda aún era de madera maciza. Ni caucho ni radios. Iba con el sombrero de paja bien encasquetado y se quedaba estupefacto al vernos excavar —cosas de juventud—

sin camiseta. Cuánta razón tenía. Pasábamos más calor, además de sufrir quemaduras solares de aúpa. Él, como todas las mujeres y hombres de por allí, en pleno verano, vestían en plan beduino, con varias capas de ropa y largas. Incluso con mantas que les cubrían el cuerpo cuando pasaban montados en burros, mulas o en el tractor. Una grave afección cutánea –creo recordar– en su mejilla derecha era la prueba de que no se trataba de ninguna broma. En la carretilla nos traía botijos repletos de agua fresca; ni los termos más modernos han conseguido mejorar las prestaciones del botijo de toda la vida. Qué sabia es la gente. Y nos invitaba a su cueva en la que, en la planta baja, además de la cocina y un gran espacio iluminado para la charla –la luz entraba por las ventanas frontales–, estaban los establos y en la planta superior el dormitorio. Un palacio. Palacios que a principios de esos años noventa ya empezaban a ponerse a la venta por precios irrisorios y que en la actualidad son buscadísimos además de haberse transformado, la mayoría, en alojamientos de turismo rural. Los primeros en percatarse, cuando nosotros no fuimos capaces de darles importancia patrimonial ni antropológica, fueron alemanes, ingleses y franceses. Uno de estos galos fue el que hizo que desapareciese, para siempre, la carretilla de ruedas de madera de don Tomás. Un año no la vi y me dijo que un turista, un francés, le había preguntado si estaba en venta. Para Tomás aquello no tenía valor, no era materialista, y el anticuario del siglo XX debió de irse bien contento tras haber pagado una miseria, aunque habíamos perdido una pieza importante de nuestra historia, de nuestra arqueología agraria y pastoril. De hecho, existe también la arqueología industrial. Paradójicamente, don Tomás había sido el primero en darse cuenta de que aquellas piedras que parecían tener formas de huesos podían ser importantes. Las enseñó a las autoridades locales, pero no le hicieron caso hasta que no llegaron los paleontólogos en la década de 1970.

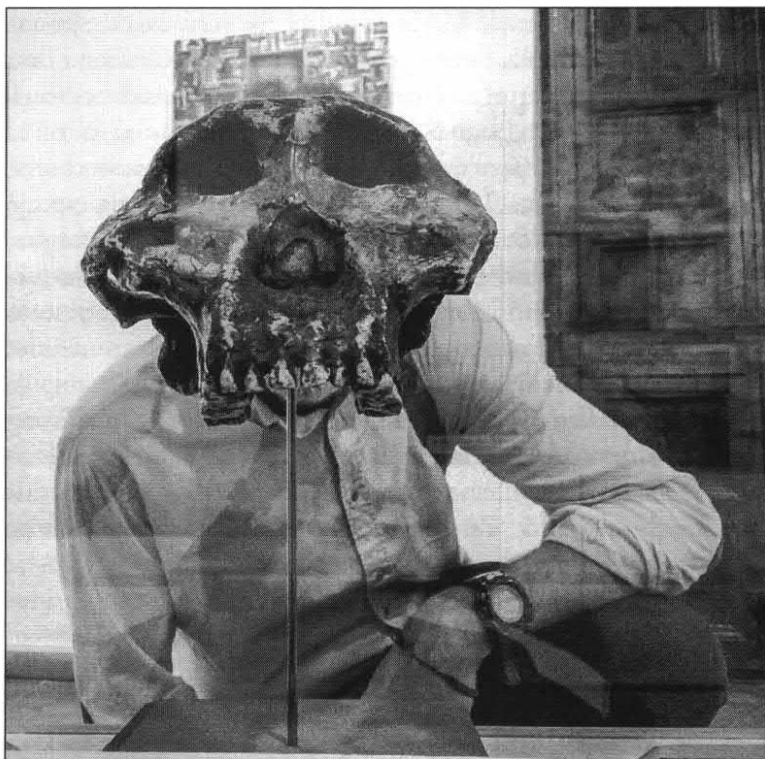
Pues bien, la cueva de Ambrosio, desde 1995, comparte otra denominación en versión anglófona: Ambrosio's Cave. Allí, tras la cena, y valiéndonos de vehículos improvisados, un montón de «huesitos» nos sentamos alrededor de la larga mesa que ocupaba la estancia más grande. La luz era tenue y en el centro acomodamos, lo mejor que pudimos –solo disponíamos de taburetes y banquetas– a los tres mosqueteros de la cosecha de 1925: Emi-

liano Aguirre, Francis Clark Howell y Phillip V. Tobias. Llegó la madrugada y, con una energía tan encomiable como inagotable, siguieron narrando historias impagables. Emiliano explicó cómo, en 1976, había visto la mandíbula de homínido que le traía uno de sus doctorandos, el ingeniero de minas Trinidad («Trino») de Torres, que hacía una tesis acerca de osos fósiles cavernarios. Con la colaboración de los especialistas que trabajaban en la Cueva Mayor, más el grupo de espeleología Edelweiss, dio en la sierra de Atapuerca con esta maravilla y otros huesos claramente humanos; en concreto, procedentes de la poco accesible Sima de los Huesos. La mandíbula no presentaba mentón y Trino supo que sería del interés de su profesor. Esto constituyó, al cabo de poco tiempo, el inicio de la etapa de Aguirre en las excavaciones de la sierra de Atapuerca. Los fósiles pertenecían, sin duda, a formas preneandertales¹³ de más de 400 000 años. Uno de los primeros habitantes de Europa a los que se sumaban los restos arqueológicos y paleontológicos que estaban aflorando en la región de Orce. Por su parte, Francis, a petición nuestra, nos deleitó con batallitas relacionadas con varios de los buscadores de fósiles en África y dibujó el escenario perfecto para que Phillip pudiera centrarse en el hallazgo y vicisitudes del pequeño medio simio-medio humano que Raymond Dart había publicado en 1925: *Australopithecus africanus*. El descubridor del niño de Taung, y mentor de Tobias, le había transmitido cientos de anécdotas y ahora, por tradición oral, como si fuéramos una tribu alrededor del fuego (aquí una bombilla amarillenta colgando del techo), éramos nosotros los herederos y herederas del legado. Entre dramática e hilarante, la historia de cómo, en una fallida gira para convencer a sus colegas –pro-Piltdown– de que aquello no era un chimpancé, Raymond Dart se desplazó hasta Londres en 1929. Siguieron sin tomarle en serio, pero aprovechó para dejar el fósil original en manos de especialistas: quería conseguir un buen molde del australopiteco. Un imprevisto hizo que tuviese que regresar a Sudáfrica con urgencia, por lo que pidió a su esposa, Marjorie Frew, si podía hacerse cargo del niño de Taung. La última noche en Londres, y de camino a su hotel, olvidó en el taxi la caja de madera donde, en su interior, iban los restos fósiles del antiguo infante africano. ¡Había perdido al pequeño! ¡El tesoro de Raymond! ¿Acaso una misión para Sherlock Holmes? No, de haber existido, ya se encontraba de retiro en la campiña disfrutando de una de sus

pasiones: la apicultura.¹⁴ Marjorie se bastaba sola; una mujer inteligente y con temple. Se puso en contacto con *sir* Grafton Elliot Smith —quizá de los tres padrinos de Piltown el más condescendiente con Dart y en pugna con *sir* Arthur Keith— y buscaron al taxista. No tardó en aparecer el asustado y escandalizado chófer, ya a punto de acudir a la policía. ¿La reaparición de una especie de Jack el Destripador en las oscuras calles londinenses? Aunque, esta vez, ¿asesinando niños y conservando sus cráneos de forma macabra? Respiró tranquilo cuando lo libraron del muerto y Marjorie pudo viajar con la caja de madera, y su contenido, intactos. Ahora bien, la experiencia es un grado.

Más de medio siglo más tarde, en 1984, el niño de Taung viajó de nuevo. Desde los laboratorios de la Universidad de Witwatersrand, en Johannesburgo, hasta la ciudad de los rascacielos, Nueva York. Es muy raro que los fósiles originales de antiguos homínidos abandonen las moradas donde, por primera vez, los protegieron celosamente sus descubridoras y descubridores. Es el síndrome que he bautizado, con el permiso de Tolkien, como Gollum;¹⁵ ya saben, «mi tesoro». Así, el «Cascanueces» de Mary Leakey, una vez fue trasladado desde Oldupai hasta los Museos Nacionales de Kenia, ya se quedó en Nairobi; incluso tras la independencia de Kenia y Tanzania. Desde entonces, aun siendo un fósil reclamado por el gobierno tanzano a las autoridades keniatas, no sale de su enorme caja fuerte donde duermen otros muchos homínidos del África Oriental. Los permisos para estudiarlos no son fáciles, ni baratos, por lo que resultó genial que la sede del Museo de Historia Natural de Nairobi decidiera acondicionar una de sus salas para que, de forma rotativa, hoy sean mostradas estas piezas fétiche con más de un millón de años de antigüedad.

Algo que también se ha conseguido en el Museo de la Evolución Humana de Burgos; en dos espacios bien climatizados y protegidos se exponen las estrellas de la sierra de Atapuerca: el *Homo antecesor* de la Gran Dolina y el preneandertal de la Sima de los Huesos. Incluso el Museo de Arqueología de Granada, que exhibe el molar, con una datación de 1 400 000 años, del humano fósil —todavía por clasificar— hallado en Orce. Y es que, estos objetos, aunque no son de oro, como la máscara funeraria de Tutankamón, o el ficticio ídolo hovito de la fertilidad, son verdaderos fetiches, incluso para los que nos dedicamos a la in-



El paleoantropólogo Phillip V. Tobias bautizó al autor, en 1995, con la atribución de *Australopithecus boisei* (© Joan Serrallonga).

vestigación de nuestro pasado (lo digo por si alguien creía que los científicos no somos pasionales). De niño, la primera vez que vi la famosa mandíbula de Banyoles en una exposición por el centenario de la muerte de Darwin, era la única pieza expuesta que, además de estar protegida en una vitrina, contaba con un guardia de seguridad armado durante las horas que permanecía a la vista del público. Muy parecido a cuando el arca de la Alianza viaja con una comitiva de soldados alemanes fuertemente armados. ¿No me creen? Pues háganlo; esto es lo que nos explicó Phillip en la cueva de Ambrosio.

Phillip V. Tobias y otros colegas africanos, americanos, asiáticos y europeos habían sido convocados, en 1984, a un encuentro excepcional; por primera vez en la historia de la ciencia se quiso reunir, en un mismo lugar, los fósiles auténticos de algunos de los homínidos más representativos de la evolución humana. La apuesta fue exponer más de cincuenta especímenes en el Museo

Americano de Historia Natural. La intención es que salieran de sus oscuros reductos —donde pocos ojos los habían observado con detenimiento y objetividad— y que las investigadoras e investigadores internacionales de más prestigio pudieran alcanzar un mejor consenso en relación con la clasificación, descripción e interpretación de todo aquel puzle, no siempre exento de rivalidades y peleas académicas; sin embargo, también era una oportunidad para la ciudadanía. Contemplar, de cerca, lo que tanto habían visto en las revistas y documentales de *National Geographic*. Tobias, por el bien de la ciencia, aceptó sin dudarlo. Se hizo con la caja de madera —el sarcófago— donde hibernaba el pequeño australopiteco y ambos pusieron rumbo a Estados Unidos. No podía volver a repetirse el episodio del taxi londinense, por lo que los dos viajaron con billetes pagados en primera clase —asiento con asiento— y, cuando Phillip acudía al aseo, llevaba la caja de madera siempre con él. Tras el vuelo transoceánico, aterrizaron finalmente en el aeropuerto internacional John F. Kennedy de Nueva York; entonces, al mirar por la ventanilla, tuvo que frotarse los ojos. En la zona de estacionamiento, y una vez se pararon los motores, varias flamantes motocicletas Harley-Davidson, montadas por policías uniformados, rodearon el avión. La tripulación le pidió que desembarcara, agarró con fuerza la caja que contenía al niño de Taung y empezó a descender la escalerilla en solitario; abajo le esperaban varias autoridades y una lujosa limusina. Así, de esta guisa, la comitiva cruzó las calles de Nueva York a gran velocidad, escoltada por una guardia motorizada que hacía sonar las sirenas a todo volumen. Destino: la exposición *Ancestros, 4 millones de años de humanidad*⁶ en el Museo Americano de Historia Natural. Allí, en sus salas, entre la cincuentena de especímenes, también fue expuesta una mandíbula de *Australopithecus afarensis* procedente de la localidad tanzana de Laetoli (Lucy no pudo acudir a la fiesta) y los restos de lo que entonces muchos seguían denominando *Pithecanthropus erectus*;¹⁷ no olvidemos a nuestro holandés errante y sus peripecias por la isla de Java. Si había aterrizado el pequeño y grácil australopitecino sudafricano, tampoco podía faltar su primo robusto del África Oriental: el «Cascanueces». Lo trajeron, consigo, Louis y Mary Leakey. Una nueva oportunidad de reencuentro con su gran amigo Phillip. Y es que Tobias, junto con el primatólogo y antropólogo John R. Napier y el propio

Louis, había definido a la especie *Homo habilis* que publicó la revista *Nature* en 1964. Pocos años más tarde, 1967, en una de las monografías de los trabajos en la garganta de Oldupai, firmó un extenso trabajo acerca del cráneo del *Zinjanthropus boisei*. Debido a la morfología del mismo, aconsejó que fuera denominado *Australopithecus boisei*. En definitiva, Tobias era el compadre de dos especies coetáneas en el tiempo; una de ellas, y como ya he dicho, mi preferida. ¿Qué más podía pedir un joven detective del pasado? Pues que también te bautizase el gran Tobias...

La reunión secreta en la cueva de Ambrosio, por poco, casi conecta con el nuevo amanecer. No redactamos ni registramos acta, solo existe el recuerdo. Ahora bien, antes de dispersarnos, quisimos immortalizarla de alguna manera. A lo ancho de la estancia troglodítica —ni adrede los de la BBC hubiesen conseguido un set de rodaje tan acorde—, y respetando orden de estatura, nos colocamos en dos filas para una foto de grupo; calculo que éramos unas quince personas en total. Entonces, mientras contábamos los segundos del disparador automático, Phillip giró su cabeza hacia atrás y levantó la mirada. Yo la bajé... Había un salto de altura enorme entre los dos. Sonrió y, animado por la velada, no dudó en comentar: «Yo soy el *Homo habilis*, tú eres el *Australopithecus boisei*».¹⁸ Hace casi dos millones de años es cierto que anduvieron por África unos homínidos muy gráciles y pequeñitos llamados *Homo habilis* y que, por el camino, se cruzaron con los familiares del «Cascanueces», de mayor envergadura, robustez y pinta claramente simiesca. Si a eso le añadimos que muchos de mis colegas consideraron más inteligentes a los habilidosos —incluso dotados de habla—, todo ajustaba a la perfección: un caballero sabio (Phillip) *versus* un primate atolondrado (un servidor). Me sentí muy honrado. Y aunque todo hubiera podido quedarse en una broma fugaz, en mi correspondencia con el profesor Tobias seguí firmando —bajo mi rúbrica del mundo *sapiens*— como *Australopithecus boisei*. Nos seguimos viendo por congresos y reuniones, así como en los yacimientos arqueológicos más antiguos de Sudáfrica, y siempre fue «Mr. Habilis» y yo «Cascanueces». Con el permiso, eso sí, de Mary Leakey, porque mientras que el origen del alias *Nutcracker* se atribuye a Louis y a Phillip, Mary prefería *Dear Boy*, «Querido muchacho».

La suerte que tuvo la ciencia es que Mary Leakey era una mujer paciente y metódica y que, en vez de excavar lo que hoy

conocemos como el yacimiento Zinj al estilo Indiana Jones, lo hizo siguiendo el método arqueológico. Pocos podrían imaginar que una excavación actual, al menos las de periodos prehistóricos, tiene mucho que ver con un juego que solo necesita un contrincante, lápiz y papel cuadriculado.

NOTAS

- 1 Leakey, M. D., 1971.
- 2 Goodall, J., 1986.
- 3 Hoy, la saga la continúa: la viuda de Richard, Meave Leakey –reconocida paleoantropóloga– y la hija de ambos, Louise. También paleontóloga e investigadora residente de la National Geographic Society.
- 4 Un viaje que Francisco Gracia Alonso, catedrático de Prehistoria (Universidad de Barcelona), ha documentado de forma detallada y del que, con motivo de nuestros encuentros, siempre me ha revelado los episodios más interesantes. Para saber más, *vid.* Gracia Alonso, F., 2020.
- 5 Finalmente, el actor escogido fue Robert Eddison.
- 6 La película se estrenó en 1968, un momento político complicado porque Estados Unidos andaba ya metido, de pleno, en la Guerra de Vietnam. Otros conflictos bélicos salpicaban el panorama internacional. Las dos conflagraciones mundiales o el escenario de Corea –en la década de 1950–, llevaron a pensar, incluso a muchos arqueólogos y antropólogos, que la guerra estaba en nuestros genes, en nuestro comportamiento, desde los tiempos prehistóricos. Raymond Dart, a partir de unos hallazgos en Sudáfrica, interpretó que los australopitecos no solo mataron a otros animales con la ayuda de mazas e instrumentos punzantes de hueso y cornamentas, sino que asesinaron a otros congéneres: lo que un escritor, periodista y guionista norteamericano, Robert Ardrey, llamó el Mito de Caín. Uno de sus libros de divulgación científica en el que se recogían estas historias –*Génesis de África* (Ardrey, R., 1961)– siempre he opinado que sirvió de inspiración a Stanley Kubrick para la materialización de las primeras escenas de 2001. *Una odisea en el espacio*. Con el tiempo, otros especialistas, como el tafónomo Bob Brain, demostraron que la interpretación de Dart no era la correcta: el cazador había sido el cazado. Los australopitecos fueron depredados por leopardos del pasado; aquellas presuntas armas de hueso, dientes y cuernos –la industria osteodontoquerática– correspondían, en realidad, a acumulaciones y acciones protagonizadas por felinos y hienas. No se había producido ningún asesinato entre australopitecos.
- 7 Durante las primeras etapas de los estudios en torno a la evolución humana en África, y al igual que ocurría con las nuevas procedentes de Egipto, Jordania, Perú y otros países, nos habíamos acostum-

brado a ver la foto y el nombre de arqueólogos y paleontólogos europeos o norteamericanos al lado de grandes descubrimientos del pasado. Cráneos, mandíbulas, huesos y dientes de australopitecinos y primeros representantes del género *Homo* se nos antojaron, entonces, hallazgos de aquellos investigadores. En realidad, sí que eran los directores y responsables de los trabajos, pero lo cierto es que muchas veces el descubrimiento directo lo hacía una joven becaria o becario, o un trabajador local que quizá siempre quedará en el anonimato. Una feliz excepción es la de Kamoya Kimeu; este keniata, después de colaborar, como ayudante, con Louis y Mary Leakey, acabó ocupando puestos de mayor responsabilidad al lado de Richard y Meave Leakey. Fue un buscador y excavador de fósiles excepcional, lo cual le llevó a acumular vastos conocimientos que desembocaron en un merecido puesto como conservador de los Museos Nacionales de Kenia.

- 8 Cuando, unos meses más tarde, en 1960, aparecieron los restos de *Homo habilis* en un yacimiento vecino de la garganta de Oldupai, el matrimonio Leakey «degradó» al *Zinjanthropus* de humanoide (humano de Zinj) a australopiteco (Simio del Sur): *Australopithecus boisei*. Le arrebataron el testigo o categoría de artesano de Oldupai para pasárselo a la nueva especie que consideraron dotada de un cerebro sensiblemente mayor y aspecto muchos menos simiesco. Aún creían que la separación entre humano y animal radicaba en la capacidad de fabricar herramientas y diferenciaron entre el *Homo habilis* (Humano habilidoso) y el simiesco «Cascanueces». Los trabajos de una discípula de Louis, Jane Goodall, y los de Jordi Sabater Pi demostraron —en esa misma década— que estábamos obligados a cambiar de dogma. Los chimpancés y otros seres vivos eran hábiles fabricantes de instrumentos. Sin embargo, como ocurre cuando un bulo sin fundamento se extiende, conocida la verdad es difícil rectificar. El pobre «Cascanueces» pasó de protagonista a secundario, de inteligente a idiota, de cazador a víctima, de artesano a torpe... no recuperó su antiguo nombre. *Homo habilis* siguió siendo el famoso y él se quedó con la clasificación de *Australopithecus boisei*... hoy *Paranthropus boisei*. Le tengo mucha estima.
- 9 *Born Free* (James Hill, 1966), película basada en el libro autobiográfico homónimo de Joy Adamson (Adamson, J., 1960) y que narra la relación de una leona huérfana, Elsa, con un matrimonio de conservacionistas británicos —la propia Joy y su marido, George Adamson— en la Kenia colonial.
- 10 *Gorillas in the Mist* (Fossey, D., 1983) nos permitió profundizar en la vida de esta primatóloga estadounidense —también apadrinada por Louis S. B. Leakey— durante sus trabajos con los gorilas de montaña en la actual Ruanda. Allí fue asesinada en el año 1985, una trágica noticia que conmocionó al mundo de la ciencia y de la conservación. Todo lo referente a su Land Rover no solo aparece en el libro, sino en el filme *biopic* protagonizado, en el papel de Dian, por Sigourney Weaver: *Gorilas en la niebla* (*Gorillas in the Mist*, Michael Apted, 1988).

- 11 La teoría polifilética, o modelo multirregional, proponía varias cunas del *Homo sapiens* en diferentes puntos fuera de África. En oposición a la teoría monofilética, o del *Out of Africa*, donde el origen de nuestra especie habría sido en el continente africano y, a partir de aquí, la colonización del resto de los continentes. Ni como estudiante, primero, ni como profesor/investigador, después, he compartido el modelo multirregional de Milford H. Wolpoff, pero siempre lo respeté, por su manera de defender una hipótesis que no es la más cómoda ni la más aceptada, con caballerosidad, elegancia y sin atacar a sus oponentes científicos. «Este es el camino» («This is the Way»), como dicta el credo de los mandalorianos en el universo *Star Wars*.
- 12 También en el universo *Star Wars*, los *wookies* son la especie humanoide, de gran altura y cuerpo peludo, a la que pertenece Chewbacca, el compañero y copiloto del mercenario Han Solo.
- 13 Con el tiempo, se clasificaron taxonómicamente como *Homo heidelbergensis* y, en la actualidad, con una treintena de individuos identificados en los sedimentos de la Sima de los Huesos (Ibeas de Juarros, Burgos), se ha regresado a la denominación de preneandertales.
- 14 Léase la maravillosa novela *Mr. Holmes*, de Mitch Cullin (Cullin, M., 2005), llevada al cine —de forma magistral— por el director Bill Condon en 2015.
- 15 Personaje literario de *El Hobbit* (Tolkien, J.R.R., 1937) y *El Señor de los Anillos* (Tolkien, J.R.R., 1937-1949), de J.R.R. Tolkien.
- 16 *Ancestors: Four Million Years of Humanity*, exposición celebrada en el Museo Americano de Historia Natural de Nueva York, del 13 de abril al 9 de septiembre de 1984.
- 17 Hoy *Homo erectus*.
- 18 Hice alusión a esta anécdota en mi primer libro de divulgación científica *Los guardianes del lago. Diario de un arqueólogo en la tierra de los maasai* (Serrallonga, J., 2001). Ahí tenía más frescas las palabras exactas del amigo y maestro Phillip V. Tobias, por lo que he considerado prudente, si esto tranquiliza a lectoras y lectores, autocitarme.